

ELYTIS: CIEN AÑOS DEL NACIMIENTO DEL POETA DE LA LUZ

O diseo Elytis nació en Creta en 1911: Su familia procedía de la isla de Mitilene, la antigua Lesbos, tierra de Safo. El poeta dijo una vez que su vida fue “insular”. Las islas y el mar fueron su medio natural y ello se reflejará decisivamente en su poesía. Y en efecto, aunque hubo de hacerse “ateniense por adopción”, siguió siempre afectiva y poéticamente ligado al Mar Egeo, sus islas de indescriptibles bellezas y especialmente a Lesbos.

Estudió derecho en la Universidad de Atenas, pero pronto deja la senda de las leyes para seguir el camino de las letras. El abrirse de su alma juvenil al mundo de la poesía coincide con el nacimiento de lo que en Grecia se llamará “poesía moderna”, término que abarca varias tendencias renovadoras del quehacer poético que acogen más o menos abiertamente las nuevas tendencias estéticas europeas. Los primeros poemas de Elytis aparecen en la revista de vanguardia *Nea Grámata* en 1935 (Nuevas Letras). Seferis había hecho su aparición en 1931 y Ritsos, en 1934. Nikitas Randos, al comienzo de la década, había dado en cierto modo la partida al cambio, a la superación de la tradición, cuya figura más ilustre era Kostís Palamás (1859-1943).

Entre los poetas que comienzan a destacarse durante la década del 30, Elytis va a mostrar rápidamente una especial originalidad. Y aunque en algún momento llegó a señalárselo como uno de los introductores del surrealismo en Grecia, la mayoría de los estudiosos de la poesía moderna helénica coincide en afirmar que Elytis “parte desde el surrealismo” y aprovecha sus técnicas en los comienzos de su obra, para forjarse enseguida un lenguaje poético propio.

El primer libro propiamente tal de Elytis apareció en 1940: *Orientaciones*. Pero en esa colección se contienen otras que habían sido publicadas en revistas desde 1935: *Primeros poemas*, *Espóradas*, *Jornal del verano* y *las clepsidras de lo desconocido*. El segundo volumen es *Sol el primero*, 1943, que se integra con *Variaciones sobre un rayo de luz*. Ecos de su experiencia como combatiente en la epopeya de Albania, cuando entre octubre de 1940 y abril de 1941, la pequeña Grecia resistió con heroísmo inverosímil el ataque gigante fascista, aparecen en el *Canto heroico y fúnebre para el Subteniente caído en Albania*. El *Axion Estí*, su obra más extensa y compleja sale a la luz en 1959. Vendrán más tarde otras

coleccionas poéticas, por lo general reducidas en extensión: *Seis y un remordimiento para el cielo*, *El árbol-de-la-luz y la decimocuarta belleza*, *María la Nube*, *La erre del amor*, y otras.

La luz y la diafanidad en la obra elytiana

Uno de los elementos de la poesía de Elytis que más nítidamente se deja apreciar es la presencia de la luz. Pareciera que la luz, la luz griega y la luz de la creación se hubieran consubstanciado con esta poesía y se hubieran enseñoreado hasta con los objetos que la pueblan. Por esto último, la diafanidad constituye otro elemento perceptible en esta escritura, la búsqueda de la diafanidad. En 1975, expresaba el poeta: “la diafanidad es quizás el único elemento que domina hoy mi poesía”¹. Y añadía: “al decir diafanidad, entiendo que tras un objeto concreto puede aparecer algo diferente, y tras esto, a su vez, otra cosa; y así sucesivamente”. Por esta compenetración con luz, todo objeto puede volverse transparente y la transparencia que existe la naturaleza puede ser trasladada e instalada en la poesía.

Mucho antes de que lo hiciera el poeta, un estudioso había destacado este aspecto de la poesía elytiana, entonces en sus comienzos. En efecto, en 1938, escribía Mitsos Papanikolau: “los paisajes de Elytis poseen toda la diafanidad y la nueva hermosura de los paisajes que las lluvias y las brisas han purificado y hasta aquella de los primeros paisajes de la creación. Su naturaleza es joven y tan encantadora, como si la enfrentaran por primera vez los ojos del niño o de alguien dormido”².

La fuente de la luz y la diafanidad están, sin duda, en la naturaleza griega: en la belleza y plenitud infinitas del mar griego; en la hermosura paradisíaca de sus paisajes insulares; en la pureza inefable y si pudiéramos decir extraterrenal del cielo helénico.

De ahí proviene la voluntad de luminosidad y diafanidad del poeta, al servicio de la cual ha puesto algunos de sus más característicos recursos expresivos.

Uno de esos recursos lo constituyen las imágenes. El mencionado estudioso Mitsos Papanikolau también se detenía en las imágenes, al tratar de explicarse

¹ ELYTIS, O. Entrevista de I. Ivask, p. 201.

² PAPANIKOLAOU, M., “El poeta Odiseo Elytis”, *Neohelíniká Grámmata*, N° 72, 16-IV, 1938, reproducido en *Odiseo Elytis Selección 1935-1977*, p. 162.

la impresión que le dejaban los primeros poemas de Elytis. Escribía el crítico: “Sus imágenes –imágenes que se suceden una tras otra plenas de la más tierna nostalgia juvenil, plenas de frescura estival, densas, cordiales, ricas en suaves cromatismos– crean el más límpido, el más puro lirismo”³. Más tarde, en 1960 Hilty destacaba que la originalidad de las imágenes elytianas, plenas de luz, de color y de vivacidad, poseen un centelleo intenso; y agregaba que “es justamente en ese centelleo donde Elytis halla sus dones poéticos más personales”⁴.

Pero veamos algunos poemas en que hallamos la manifestación de esta búsqueda de diafanidad y luz. Al personaje de *La Marina de las rocas* –figura enigmática, estatua, mujer, creatura quizás petrificada y expuesta al perpetuo beso de las olas– se dirige el poeta con estas palabras:

Te decía que midieras en el agua desnuda sus días luminosos
Que gozaras de espaldas el alba de las cosas
O que vagaras de nuevo por los llanos amarillos
Con un trébol de luz en tu pecho

La transparencia de los fondos que es muy real en los mares griegos y a ella se refiere el poeta cuando sigue hablando a la Marina de los mares:

Y abrías con estupor tus manos diciendo su nombre
Ascendiendo con levedad hasta la transparencia de los abismos
Donde fulguraba tu propia estrella de mar.

La tierra seca, áspera, de Beocia, la ve el poeta como intensamente luminosa, “ataviada por la música de las hierbas”. La saluda en uno de sus más hermosos poemas como iluminada por el vendaval:

Oh tierra de Beocia que te ilumina el viento

“Oh piélagos inmarcitable”: con estas palabras invoca al mar, mientras que a la isla de Santorini, la antigua Thera, la ve como “la reina de los latidos y las alas del Egeo” Y “en la tarde/

y su imperial aislamiento,
la gaviota su azulada libertad
entrega al horizonte”.

³ PAPANIKOLAU, M., *op. cit.*, en vol. cit., p. 162.

⁴ HILTY, M.R., “Un lírico griego contemporáneo”, en *Neue Zürcher Zeitung*, 17-VII, 1960, rep. en griego en vol. con. Cit., p. 167.

Incluso en *Siete séptimas nocturnas*, a pesar del título de esta breve y temprana colección poética, la luz es el elemento dominante:

El rocío nace en las hojas
Como en el infinito mar
El claro sentimiento

En estas *Septimas*, la luminosidad, la claridad, la transparencia, la diafanidad, se asocian a objetos y realidades de ámbitos muy diversos:

Propicias claridades de astros
Trajeron el silencio...
En lo hondo de mi alma
Ancla una flota de estrellas...

Como recordaremos más adelante, el *Axion Estí* es la obra de más profundo contenido nacional de Elytis. En ella, la luminosidad triunfa sobre las sombras en el recuento lírico que se hace de “la pasión”, los sufrimientos del pueblo griego y del poeta; esto a pesar de que en la larga y accidentada historia del helenismo, sin duda parece pesar más las vicisitudes y momentos trágicos. Sólo en el sentido de que no es fácil de comprender en la primera lectura debido al denso contenido y a las alusiones a la historia griega tres veces milenaria, podría decirse que este magno poema no es tan claro. Pero en verdad desde el primer “Himno” del *Génesis* (I Parte), donde comienza el nacimiento del mundo en la conciencia del poeta, la luz inunda versos y poemas. Precisamente, la luz se instala en el primer verso del *Génesis* y en el primero de la *Doxología o Laudes*.

En el principio la luz y la hora primera...
Dignum est la luz y el primer voto...

Buscando en su alma, el poeta trata de iluminar el cielo con la lámpara de las estrellas:

Con la lámpara del astro	a los cielos salí
Dónde encontrar mi alma	lágrimas de cuatro hojas!
Con la lámpara del astro	doy vueltas por los cielos
Dónde encontrar mi alma	lágrimas de cuatro hojas!

“Tengo algo que decir diáfano e inasible”: lo expresa el propio poeta al comenzar su serie *Villa Natacha*, en el volumen “Los medios hermanos” (1974). Y pareciera que el desarrollo de toda su poesía constituyera un largo esfuerzo por cumplir el anhelo de decirnos ese algo.

A la luminosidad se asocia frecuentemente el color en la poesía elytiana. Sin duda, el color más reiterado es el blanco, el albo: *aspros* y *lefkós*; y le sigue en frecuencia el azul, celeste y glauco: *uranios*, *ghalazios*, *kianós*, *glafkós*. Este último y el blanco dominan en *Edad del glauco recuerdo*.

Y un hálito bullicioso levantó la blanca casa
 Los blancos sentimientos recién lavados sobre
 El cielo que con una sonrisa iluminaba.

El color verde suele asociarse en las imágenes elytianas a la frescura, la juventud, la virginidad. En *La cinco-veces-bella en el jardín*, podemos contemplar a la hermosura joven cantada allí en un paisaje en que elevación, frescor, alegría de aurora, verdor y armonía se funden estrechamente.

Oh cuán hermosa eres...
 En alto con tu alboral regocijo
 Plena del verdor del oriente
 Plena de los pájaros primeramente oídos
 Oh cuán hermosa eres
 Arrojando la gota del día
 Sobre el inicio del canto de los árboles!

En *Portokalenia*, poema de la colección *Variaciones sobre un rayo de luz*, incluida en *Sol el primero* (los dos títulos parecen derramar luminosidad), cielos y cristales de hielo, ángeles y jovencitas, se reúnen junto al asombro de cigüeñas y pavorreales, que contemplan la metamorfosis de una niñita en una mata de naranjo:

Así cuando los siete cielos resplandecieron glaucamente
 Así cuando los cristales de hielo tocaron una fogata
 Así cuando fulguraron colas de golondrinas
 Desconcertáronse los ángeles en lo alto y abajo las jovencitas
 Asombráronse en lo alto las cigüeñas y abajo los pavorreales.

Indisolublemente ligados a la luz en la poesía elytiana están el mar y la luz, como lo están en la increíble hermosura de la naturaleza griega. *Sol el primero*, título feliz, inspirado posiblemente en un verso de otro poeta de la luz y del mar, Andreas Kalvos, constituye uno de los volúmenes más importantes de la obra de Elytis (1943). De él surge la figura de Portokalenia, recién mencionada, aquella muchachita a la que “tanto la embriagó el zumo del sol”, que aceptó ser una matita de naranjo. El primer poema de la colección es una negación de la noche y un anhelo de aurora:

No conozco ya la noche terrible anonimía de la muerte
En lo hondo de mi alma ancla una flota de estrellas
Véspero centinela, brilla junto a la celeste
Brisa de una isla que me sueña
Para que anuncie yo el alba desde sus elevados roqueríos...

Cuerpo del Verano es el segundo poema de este volumen y “constituye un ejemplo clásico” del arte elytiano. Recordemos su final en el cual el verano es visible en la figura de una playa, entre las algas y la espuma. Más allá de las inclementes variaciones de un tiempo a veces cruel y rudo, la sonrisa ilumina el rostro del tierno muchacho:

Sin embargo tras todo eso sonrías despreocupadamente
Y vuelves a encontrar tu obra inmortal
Como te reencuentra el sol en las arenas
Como en tu salud desnuda el cielo.

Sol, mármol, viñas, mar; cuatro “verdades” griegas ligadas a la luz se entretienen al comenzar otro poema “clásico” de este volumen:

Bebiendo sol corintio
Leyendo los mármoles
Pasando a tranco largo por viñas mares

Luego de imágenes que aluden a otras “verdades” helénicas –viento limoneros–, vuelve la luz no nombrada, pero que inunda los últimos versos:

Hundo mi mano en los follajes del viento
Los limoneros siegan el polen del buen tiempo
Las aves verdes rasgan mis sueños
Me voy con una mirada
Amplia mirada donde el mundo vuelve a llegar a ser
Bello desde el principio en las dimensiones del corazón!

Exuberante, impetuosa, quizás podríamos decir, se muestra la luminosidad en el poema de *El granado enloquecido*. De *Journal del verano*, en *Orientaciones*. La metamorfosis de una niña en planta, en una mata de granado, origina el poema, que, desgraciadamente, presenta dificultades casi insuperables para su traslado a nuestro idioma. El personaje, el árbol es femenino en griego, mientras que en castellano es masculino. La primera estrofa inicia ya una especie de apoteosis y colores:

En estos solares blanquísimos que sopla el viento sur
Silbando en arcos abovedadas, decidme ¿Qué es el granado
/ enloquecido

Que palpita de alborada con follajes recién nacidos
 Desplegando todos los colores en la altura con un temblor
 / de triunfo?

Luego del paso del alba al día, el clima de intensa luz permanece y hasta se acentúa:

En el día que por envidia se adorna con alas de siete clases
 Ciñendo el sol eterno con mil prismas
 Enceguecedores, decidme ¿es el granado enloquecido...

En la *Oda a Santorini*, de la misma colección, una sucesión impresionante de imágenes nos transporta al tiempo en que surgió del mar esa isla volcánica. Mientras Seferis vio a Santorini como símbolo del hundimiento fatal de todas las cosas, del deshacerse de las piedras y de las vidas, tomando como base el hecho cierto de haber desaparecido partes de la isla, Elytis, en cambio, prefiere fijar su atención en la sugerencia de la tierra del seno al mar, en el nacimiento de entre las aguas luminosas de una isla virginal, en los purísimos tiempos remotos.

Nos hemos encontrado desnudos sobre la piedra pómez
 mirando las islas surgentes
 mirando las islas rojas que se hundan
 en su sueño, en nuestro sueño.

Esta es la voz del poeta de Jonia, del cantor de las piedras quebradas, de los mármoles desechos, de los viajes no terminados y de las islas hundidas.

Brotaste de las entrañas del trueno
 Estremeciéndote en las nubes contritas
 Roca amarga, sufrida, orgullosa
 Buscaste el sol como primer testigo
 Para enfrentaros juntos al temerario fulgor
 Para desplegaros en el piélago...

Esta es, en cambio, la voz del poeta del Egeo y sus maravillas de transparencia y luz y sus islas paradisíacas. Santorini (presente en varios poemas elytianos y hasta en las canciones infantiles de *La erre del amor*, 1972) es recordada en el momento increíble de su surgimiento.

Despertada-por-el-mar, altiva
 Erguiste un pecho de roca

Salpicada por la inspiración del viento sudeste,
Para que allí grabara sus entrañas el dolor
Para que esculpiera allí sus entrañas la esperanza
Con fuego con lava humos
Con palabras que proselitizan el infinito...

La isla que el mar dio a luz, da a luz, a su vez, a la voz del día. Claridad es el signo de este nacimiento.

Diste a luz la voz del día
En alto erguiste
En verde y rosa divagación
Las campanas que tañe el montañero espíritu
Glorificando a los pájaros en la luz del medio-agosto

Euforia de vida, exaltación de existencia, plenitud, de alegría de nacimiento, presiden el marítimo alumbramiento:

Experimentaste la dicha del nacimiento
Saltaste primera en el mundo
Nacida-en-la púrpura, surgente
Enviaste hasta los lejanos horizontes
El augurio que creció en las viglias del ponto
Para acariciar los cabellos del quinto amanecer.

Reina de los latidos y de las alas del Egeo”, “hija de un arrebatado cumbreño”, la isla encuentra su destino y la misión que le exige el poeta. Belleza, luz, vendavales, música de la creación se amalgaman en ella:

Hasta resplandecer en la proclama del vendaval
La nueva y eterna belleza
Cuando se eleva el sol de las tres horas
Íntegramente glauco tocando el armonio de la creación.

La luz es, pues, elemento esencial en la poesía de Elytis, componente de su misterio. Para el poeta, esto forma parte de la raíz helénica de su arte: “Los europeos y los occidentales hallan siempre el misterio en la oscuridad, en la noche, mientras nosotros los griegos lo hallamos en la luz, que es para nosotros algo absoluto... Un misterio que nosotros los griegos podemos concebir integralmente

y ofrecerlo. Quizá sea mejor concebible aquí y que la poesía pueda ofrecerlo al mundo entero: el misterio de la luz”.⁵

MIGUEL CASTILLO DIDIER

⁵ Entrevista de I. Isvak, en vol. cit., p. 201. Como lo hace notar Kimon en su “Introducción” al volumen Odisseus Elytis *The Sovereign Sun Selected Poems*, acaso sólo en Kazantzakis, en la *Odisea*, podemos encontrar la luz como elemento básico de un mundo poético. Nosotros añadiríamos a Andreas KALVOS y sus veinte *Odas*, plenas de luminosidad. Sobre el tema de la luz en la *Odisea* de Kazantzakis, ver MONORY M., “Kasantzakis et les images de feu”, *Rev. Etudes Helléniques*, vol. II, Aix-en-Provenzel 1970; y CASTILLO DIDIER, M., “El tiempo, la muerte y la palabra en la *Odisea* de Kazantzakis”, apartado de *Byzantion Nea Hellás*, vol. III-IV, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Universidad de Chile, Santiago, 1972-1973.

